

mision visible del Hijo era para obrar nuestra salud; y obrar es de la naturaleza racional que tenia que ser santificada. Mas el indicio de la santificacion podia ser cualquiera otra criatura. Ni era conveniente que el Espíritu Santo la tomase en unidad de persona, pues que no se empleaba para obrar, sino sólo para indicar la santificacion del hombre. (1)

Se desprende de lo expuesto, que el Hijo, por razon de la naturaleza que ha tomado, se dice menor que el Padre; mas no el Espíritu Santo, que no se ha unido á las criaturas visibles, en que apareció. [2]

Las misiones invisibles no siempre tienen que descubrirse exteriormente por algun signo visible; pues la manifestacion del Espíritu Santo se hace por utilidad de la Iglesia; [3] utilidad que se refiere á la propagacion y confirmacion de la fe. Por esto descendió visiblemente sobre Jesucristo y los apóstoles, y otros santos, en quienes, en cierta manera, se fundaba la Iglesia. Mas la mision visible, nos dice el Ángel de la Escuela, que se hizo á Jesucristo, demostraba la invisible que tuvo lugar, no entónces, sino en el principio de su concepcion. En el bautismo del Señor, el Espíritu Santo aparece bajo la forma de paloma, animal fecundo, para descubrir en el mismo Jesucristo, el poder de dar la gracia por la regeneracion espiritual: de aquí la voz del Padre: Este es mi Hijo muy amado; para que á la semejanza del Unigénito de Dios, los hombres fuésemos regenerados. En el Tabor aparece una brillante nube para indicar la abundancia de la celestial doctrina del Divino Maestro. Sobre los apóstoles vino el mismo Es-

(1) Ad. Quartum. (2) Ad. Primum. (3) I. Cor. XII. 7.

píritu, como impetuoso viento, revelando la potestad del ministerio en la dispensacion de los sacramentos; y como lenguas de fuego para descubrir el oficio de su doctrina.

Allá en la antigua ley, la mision del Espíritu Santo no fué visible, porque ántes que la de Ésta adorable persona, debió realizarse la del Hijo, á quien manifiesta el Espíritu Santo, como el mismo Hijo manifiesta al Padre. (1)

El Hijo y el Espíritu Santo han sido enviados sobre el mundo por un inmenso y soberano amor. Y en efecto, el Verbo del Padre nos ha visitado haciendo la redencion de su pueblo, y viniendo con entrañas de misericordia y de piedad. (2) Mas en cuanto al Espíritu Santo ¿podremos decir lo mismo, pues el Divino Maestro dijo lo siguiente: Cuando venga el Consolador, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio? (3) Tales reprensiones sin embargo de la terrible justicia que indican, están llenas de amor y de ternura, y van encaminadas á la salud de los hombres. El pecado porque es el mundo reprendido, es el no haber creído en Jesucristo; ¿de qué manera lo reprende el Espíritu Santo? Convenciéndolo por los milagros y las profecias, de la divinidad del Salvador. Inspira á San Pedro la prueba de la resurreccion de su Divino Maestro, sacada de las palabras y de la muerte de David. Y en cuanto á los milagros, pone el mismo Espíritu, en manos de los apóstoles, la potestad de hacerlos.

Si pensamos en la injusticia porque el mundo es reprendido, ved sobre el particular, lo que hace el Espí-

[1] Ad. sextum. [2] Luc. I. n. 68-73. [3] Joann. XVI. 8.

ritu Santo. Cuando ha resucitado Jesucristo, viene sobre los apóstoles, y se ve en éstos, una fe verdadera, y en la fe, la verdadera justicia que obrará la salvación del mundo.

Finalmente, en cuanto al juicio, el Espíritu Santo convence al mundo de iniquidad, porque el príncipe de este mundo, dijo el Salvador, está ya juzgado; y le juzgó su Majestad, durante su pasión; dejándose juzgar, y haciendo ver por este juicio, que todos los del mundo son enteramente nulos.

El Espíritu Santo confirma contra el mismo mundo, el juicio de Jesús. La doctrina de este Maestro, creyóse anonada con la infamia de la Cruz; mas las lenguas del Cenáculo, dan á la predicación del Evangelio, una fuerza divina; y el mundo se convierte y recibe por su Dios al Salvador. (1)

La conducta, pues, del Espíritu Santo al argüir al mundo de pecado, de justicia, y de juicio, nos revela un ardiente amor hácia nosotros: ¿qué Padre hay que deje abandonados á sus hijos; ó si están envueltos en tinieblas, no les alumbre con la luz del cielo? ¿dónde estaría su corazón, si quisiera dejarlos padeciendo las tristes dolencias del pecado, por no mandarles un castigo saludable, aunque éste los llenase de amargura y duelo?

Obra por lo mismo, cual tierno y amoroso Padre, al argüir al mundo por sus crímenes, mostrándole la triste situación en que se encuentra, y haciendo que camine por las sendas del Señor.

Las divinas misiones; ellas nos revelan los más ge-

[1] Bossuet, Meditaciones sobre el Evangelio, Día 19, 20 y 21.

neros y tiernos sentimientos de Dios para nosotros. ¿Queremos contemplarlas en el Padre? Él nos manda al Hijo de su amor; Padre é Hijo nos mandan al Espíritu Divino; prendas regaladas y las más preciosas del corazón del Padre.

Vistas las misiones en el Hijo y el Espíritu Santo, nos revelan igualmente, cuán grande es el amor de uno y otro para el mundo. Ni el Padre tiene algún tesoro que no nos haya dado, dándonos á su Hijo y á su Divino Espíritu; y con uno y otro, ese Padre se nos da también. Y el Hijo y el Espíritu Santo, al ser enviados para visitarnos, nada nos reservan, siendo nuestras, todas sus riquezas, pues el Hijo es nuestro amado hermano, y su Espíritu, el gran consolador de nuestras almas. Todo lo que he oído de mi Padre, os lo he manifestado. El Espíritu Santo os enseñará toda verdad. (1)

¡Oh, cuánto debemos al Señor! Esta es la expresión que arroja el alma conmovida, pensando en las divinas misiones; y este grito de dulcísima ternura, despierta luego la noble gratitud: ¿qué daremos al Señor, por los inmensos bienes con que se ha dignado enriquecernos? El alma, la vida, y cuanto somos, todo lo ponemos en sus manos; quedamos pendientes de sus labios, y queremos hacer su voluntad. Amarle, servirle todos los días de nuestra vida, esta es la ofrenda y el deseo, que agradecido, viene á presentarle el corazón. El corazón del hombre siéntese abrasado en el fuego del divino amor; ¿cómo no amar á ese Padre que nos ama tanto, y que con tierno y celestial cariño, manda

[1] Joann. XV. 15-XVI. 13

sobre el mundo al Hijo de su seno, y al Espíritu que procede de Uno y Otro? Y si pensamos en el Hijo, y lo vemos vistiendo nuestra misma carne, ¿por ventura no se lanza el alma hasta sus piés, para darle testimonio del más ardiente y generoso amor? Y al pensar, también, en el Espíritu Santo, por quien la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones, quedamos envueltos en las llamas del fuego más sagrado; sentimos la dulzura de aquella caridad en toda su grandeza; y sus delicias nos dejan embriagados santamente, en el vino del amor de Dios.

Amor, pues, respiran nuestras almas, y de amor palpita agradecido el corazón; y amor mandamos una y otra vez, alabanza y humilde adoración, á la Santa y adorable Trinidad: y ved aquí cómo también correspondemos de algun modo, en nuestra gran miseria, las magníficas y soberanas dádivas de nuestro Dios: le mandamos también nuestras misiones. El corazón le va buscando á todas partes, y quiere publicar en todas ellas, la gloria de su santo nombre. De día y de noche le manda el alma los suspiros de su tierno amor; y no descansa mientras no halla su amoroso seno para arrojarse en él; y sus piés divinos para abrazarlos, dejándolos regados con su tierno llanto: y al conseguirlo, enagenado exclama: Hallé á mi amado, lo tengo conmigo, jamas lo dejaré..... (1) ¿No escuchais en el fondo del alma, una apacible y misteriosa voz que está

(1) Cant. III. 4.

diciendo, Amen? Y nuestros labios pronuncian una y otra vez, Amen, Amen.

CAPÍTULO XIV.

§ I.

NOMBRES DE LA PRIMERA PERSONA.

Alabad al Señor, é invocad su santo nombre: haced notorios á los pueblos sus consejos: acordaos que su nombre es excelso. (1)

Los nombres de las Divinas personas, encantan nuestras almas; nos parecen rayos de divina luz que desprendidos del trono de la Majestad, deslumbran con su brillo nuestras débiles pupilas, y nos envuelven entre olas de inmensa claridad; y al oído suenan con melodiosa y dulcísima cadencia; y el suavísimo acento de esos nombres, da una nota de las eternas y celestes armonías que estremecen el alma, del más sagrado amor. Por esto una y otra vez los repetimos sintiendo siempre, nueva dulzura y divinal encanto, que nos hace adorar y bendecir á nuestro amado y soberano Dios. Y ¿no es esto lo que quisiéramos hacer á todas horas? Cumplamos, pues, siquiera en parte nuestro buen deseo.

Los nombres que damos á las Divinas Personas, se llaman propios, cuando de tal manera le corresponden á alguna de ellas, que no pueden convenir á las demás. Y son apropiados aquellos que, aunque realmente con-

(1) Isa. XII. 4.